
LIBRO SEGUNDO.

CONVENCION NACIONAL.

CAPITULO PRIMERO.

NAPOLEON EN CÓRCEGA , EN MARSELLA , EN NIZA , EN PARIS.

(92—95—94.)

PASCUAL PAOLI habia venido desde Londres á Paris en 1790; presentado solemnemente á la Asamblea constituyente por M. de La Fayette, recibió en la capital todos los honores que, en aquella hermosa época, el amor de la verdadera libertad tributaba á los defensores de la independencia de las naciones. Paoli engañó la Asamblea. El año siguiente, vuelto á sus hogares, recibió el nombramiento de teniente general al servicio de Francia y el mando de la isla de Córcega, que entonces formaba la vigésima sexta division militar. Hacia aquel

tiempo Bonaparte, presente, con licencia, en esa division, halló dos partidos en ella; el uno queria la union con los Franceses; el otro la independenciam de la isla de Córcega. No titubeó en la eleccion; debia fidelidad á la Francia. Ajaza, pueblo de su nacimiento, era el punto capital del partido opuesto á la Francia. Bonaparte, capitán de artillería desde el 6 de febrero de 1792, habia sido nombrado comandante provisional de uno de los batallones pagados que fueron levantados en Córcega para mantener el órden público, y en calidad de tal, tuvo que marchar contra la guardia nacional de Ajaza. Así dió su primer paso en la carrera de las armas. Un gefe de los descontentos, Peraldi, antiguo enemigo de la familia de Bonaparte, se atrevió á acusar á Napoleon de haber provocado el desórden, que acababa de reprimir. Llamado á Paris para dar cuenta de su conducta, se justificó facilmente de esta imputacion calumniosa.

Durante su permanencia en la capital, acaeció el movimiento del 20 de junio, en que Luis XVI, ultrajado en su palacio por los obreros de los arrabales de San Antonio y de San Marcelo, se vió en la obligacion de cubrirse la cabeza

con la gorra encarnada. Al recibir la noticia de estos ultrajes, el general La Fayette, comandante de un ejército de treinta mil hombres en Flandes, viene solo á Paris; pide el 28, á la barra de la Asamblea legislativa, justicia de los atentados del 20; propone al rey y á la reina de conducirlos á Compiègne y de defenderlos allí; pero igualmente rechazado por la Asamblea y por la corte, apenas tiene tiempo de escaparse bajo el peso de una doble proscripcion. El duque de La Rochefoucault-Liancourt habia tenido la misma inspiracion. De acuerdo con Luis XVI, de quien era el amigo, se hizo ceder por el titular, el gobierno de Rouen, donde su valor quiere ofrecer un asilo al príncipe; pero le sucede lo mismo que á La Fayette. El desgraciado monarca, arrastrado hácia su pérdida por una fatalidad tan irresistible como rápida, no se atreve ó no quiere aprovechar ninguno de los esfuerzos en su favor. Dentro de su palacio, que ya es una prision, lee incesantemente la historia de Carlos Iº, y espera en vano desarmar á sus enemigos por la resignacion y la benignidad, persuadido de que el rey de Inglaterra ha perecido por haber irritado á los suyos por

la violencia y la obstinacion. Mientras se entrega á estas dolorosas reflexiones, amanece el 10 de agosto; el rey forzado en las Tullerías por una multitud furiosa y armada, no tiene otro refugio que una tribuna de la Asamblea, constituyéndose de este modo prisionero suyo. Tan terribles escenas despiertan en Napoleon una luz bien extraña; poco despues de aquel dia, escribia á su tio Paravicini: *No hay que tener cuidado de vuestros sobrinos, sabrán hacerse lugar.* Pero si la caida del trono abrió á sus ojos un horizonte vasto é indefinido; considerada como catástrofe política, produjo una impresion profunda sobre su espíritu, y dió al mismo tiempo una nueva energía á su primera aficion para la libertad.

Bonaparte volvió á visitar su pais nativo en el mes de septiembre. Los recuerdos de los servicios de su padre en la guerra de la independencia; los acontecimientos de aquella guerra, contados por Paoli, con quien desde su juventud habia tenido correspondencia en Inglaterra; la presencia del ilustre desterrado, que aumentaba la admiracion inspirada á su jóven partidario, todo atraia y debia atraer

Bonaparte hácia aquel que entonces era el grande hombre de Córcega, y á quien la Francia habia dado el nombre de gran ciudadano. Paoli le acogió y le trató con un afecto paternal. Observaba á Napoleon, y le juzgó cuando dijo: *Este jóven está sacado de un molde antiguo; es un hombre de Plutarco.* Luego Napoleon se vió precisado á su vez á observar y á juzgar á Paoli. Descubrió que este general dirigia el partido que se habia opuesto constantemente á la reunion de la isla de Córcega á la Francia, y contra el cual acababa de pelear en Ajaza. ¡Qué afliccion para él, hallar en su protector, en su héroe, en el amigo de su familia, el gefe del partido opuesto á los Franceses! Las relaciones que su admiracion y su respeto habian hecho nacer entre él y Paoli, tomaron luego el carácter de reserva que el descubrimiento de esta traicion debió necesariamente establecer. Una mútua desconfianza dividió desde entonces el gefe que, teniendo el poder de la Francia, servia contra ella misma, y un mero oficial que juraba de guardar su juramento á su nueva patria.

Una escuadra bajo las órdenes del vice-almirante Truguet, encargado de una expedicion

contra la Cerdeña, llegó á Ajaza en el mes de enero de 1793. Las fuerzas estacionadas en Córcega se pusieron en movimiento, y Bonaparte tuvo la comision especial de hacer con su batallon una diversion contra las pequeñas islas situadas entre Córcega y Cerdeña; la expedicion no salió bien, y Bonaparte volvió á Ajaza. Entonces Paoli, denunciado á la Convencion, se hallaba en una lista de veinte generales proscriptos, y amenazado de verse arrestado y juzgado como traidor; se ofreció un premio para su cabeza. Para evitar el peligro, alzó el estandarte de la rebelion en el mes de mayo, reunió todos los descontentos, se hizo nombrar generalísimo y presidente de una junta que se reunió en Corté, cuyo secretario era Pozzo di Borgo, actual embajador de Rusia en Francia. La guerra se encendió entre los partidarios de la Francia y los de la Inglaterra. Esta division fue violenta y señalada con grandes excesos. Se cree que Paoli protegió las tentativas que hicieron algunos de los suyos, para apoderarse de la persona de su jóven contrario. Bonaparte tuvo la felicidad de escaparse y de reunirse en Calvi á los representantes Saliceti y Lacombe; San Mi-

guel, que habian desembarcado con algunas tropas. Estas fuerzas marcharon contra Ajaza, pero fueron rechazadas. Bonaparte, que iba con ellas, pudo librar todos los suyos de las venganzas de Paoli, y enviarlos á Francia. Arruinado por el saqueo y el incendio de las propiedades de su familia, envuelto con ella en un decreto de destierro, en vano luchó en nombre de la República contra el ascendiente de la Inglaterra, y amenazó á esta con el juramento de Anibal al dejar á su patria. Así es que bajó del navío que le llevó á Marsella, como un soldado de la libertad proscripto por un traidor.

Despues de haber establecido su familia en los alrededores de Tolon, volvió á Paris, dejando de guarnicion en Niza el cuarto regimiento de artilleros de á pie, en el que servia como capitan. Corria entonces el fatal período de 93 á 94, en que la Montaña se levantó contra la misma libertad, sobre las ruinas del trono derribado. Esta terrible lucha entre el terror y la Europa, sacó de repente á la revolucion fuera de sus límites, y levantó catorce ejércitos contra los enemigos de la patria. La Francia repite á pesar suyo en su interior, los

triumfos que la inmortalizan afuera. La Convencion derriba por la fuerza, y desafía con la audacia todo cuanto se le opone. La guerra civil, las traicionees, el partido de los extrangeros provocan las venganzas; el Vendée, Marsella, Leon y Tolon arman su brazo exterminador. Como todos los poderes extraordinarios, conoce que el medio de contener y sujetar á los hombres no consiste solo en vencerlos, porque es preciso aun espantarlos. Con este fin creó el terror que carga á la vez sobre los ciudadanos, los empleados públicos, los generales, los ejércitos, sobre sus propios individuos, y en fin sobre la misma Europa. Este es el modo de que se vale para conducir violentamente veinte y cinco millones de hombres á la gloria y á la libertad!



CAPITULO II.

SITIO DE TOLON.

(1793—1794.)

Todo cedia al influjo de la Convencion, excepto el Vendée, siempre abrasado, y algunos departamentos del Mediodia que habian alzado la bandera blanca. Leon, sitiado por una parte del ejército de los Alpes, veia mil guardias nacionales de Nimes, de Marsella y de Tolon, venir á su socorro. Llegaban ya á Orange, cuando fueron rechazados por una columna de cuatro mil hombres bajo las órdenes del pintor Carteaux, gefe de brigada destacado del ejército de los Alpes por los representantes Ricord y Robespierre jóven. Carteaux persiguió el ejército insurgente, se apoderó del puente del Espiritu-Santo, de Aix, de Avignon, y entró en fin en Marsella. Bonaparte dice él mismo, que hacia parte de la expedicion de Carteaux, á lo menos hasta la toma de Avignon. Poco despues de aquella época, cenando en Belcario, tuvo con algunos ciudadanos una